

negativamente al leer, en la página 11, que: "The study of clitic pronouns has *always* enjoyed a privileged position among investigations of Romance syntax" (énfasis añadido por W.W.). Los lingüistas hispánicos quizá también se sorprendan al ver que las referencias con las que el autor apoya este planteamiento son Kayne, 1969 y 1975⁴. Por otra parte, Jaeggli demuestra cierta falta de atención hacia los estudios que aún dentro del marco generativo no se consideraban muy "de moda" durante sus años de estudio en MIT. Para dar un solo ejemplo, hay una omisión bastante obvia en la discusión de la teoría de la base: el autor habla de la teoría de estructura de frase de tipo X sin mencionar el trabajo de Jackendoff⁵. Afortunadamente esta miopía de parte de Jaeggli se compensa por la calidad de su trabajo, dado el marco teórico que utiliza.

En resumen, este libro se recomienda, en especial, para aquellos lingüistas que se interesan en la sintaxis de las lenguas románicas así como en el marco actual de la escuela chomskiana. Parece necesaria la traducción del libro al español y, en caso de realizarse, se podría aprovechar la reedición para que la obra resultara menos escolar. Actualmente el libro parece más un trabajo de tesis que una obra terminada⁶. Se recomienda a Jaeggli la publicación de una versión del libro para el mundo lingüístico hispanohablante.

WENDY WILKINS

El Colegio de México.

JUAN A. FRAGO GRACIA, *Toponimia del campo de Borja. Estudio lexicológico*. Institución "Fernando el Católico", Zaragoza, 1980; 253 pp., ilustr. (*Temas aragoneses*, 31).

Esta obra es un interesante estudio de carácter fundamentalmente diacrónico —con ciertas consideraciones sincrónicas— cuya intención es "desvelar, siquiera sea en una porción mínima, la realidad lexical del aragonés en el período documentado de su plena vigencia dialectal..." (pp. 8-9) a partir de un corpus compuesto de topónimos y apelativos profundamente enraizados en la tradición lexical de la zona y, en consecuencia, resistentes a ser sustituidos por vocablos castellanos.

De particular importancia es que el estudio se ubique geográficamente en la ribera del Huecha, en el occidente aragonés, zona limítrofe a Navarra, próxima a Soria y en conexión con el río Ebro; se trata de uno de los pocos caminos que comunican la llanura del gran río ibérico con la meseta castellana, lo que lingüísticamente implica la posibilidad de fijar los primeros pasos de la penetración castellana en Aragón y de reconstruir el proceso de debilitamiento del dialecto aragonés.

⁴ R.S. KAYNE, "The transformational cycle in French syntax," tesis doctoral, MIT, 1969 y *supra*, nota 3.

⁵ RAY JACKENDOFF, *X syntax: A study of phrase structure*, Cambridge, Mass., 1977.

⁶ Se nota cierto descuido en la edición, por ejemplo, en la formulación del Criterio de θ (θ -Criterion) en términos de "argumento", al tiempo que la discusión del Criterio se hace en términos de "expresiones-R" (R-expressions).

Pero además del interés que pueda despertar el carácter fronterizo de esta zona, la comarca del Borja plantea la posibilidad de localizar la presencia de pueblos celtíberos prerromanos —en Vera de Moncayo y en Cortes de Navarra, así como en el microtopónimo *Burrén*— y acaso sea de mayor trascendencia que en esta zona se encuentren topónimos y apelativos reveladores de estadios fonéticos propios de la época hispanovisigoda, lo que prueba una transmisión de carácter mozárabe autóctono, cuya extensión, desde el punto de vista del autor, rebasa la frontera centropirenaica y aragonesa del medio Ebro propuesta por M. Sanchis Guarner, como dan fe un documento tuledano de 1184 y ciertos nombres de persona de la cuenca baja del Jalón (Petro Mozaravillo y Iohanes Moçarai). Frago Gracia dedica el capítulo central de su libro al estudio diacrónico de 466 vocablos aragoneses de distinta procedencia con base en documentos de la época y en la información registrada por distintas fuentes autorizadas (*DRAE*, *Dicc. Aut.*, *Diccionario de voces aragonesas*, *DCEC*, etc.). Es de agradecerse que respecto a cada topónimo o apelativo, el autor aporte copiosa información relacionada con la procedencia (prerromana, latina, germana o árabe), la relación con vocablos de otros dialectos peninsulares y la época y motivos por los que deja de aparecer en el diccionario académico. No es de menos valor que caracterice un topónimo como nombre propio totalmente opaco, como conservador de ciertos indicios de contenido semántico y como término de denominación geográfica que conserva un valor apelativo.

Si bien es cierto que la información aportada en cada uno de los artículos es digna de mención, no es menos veraz que la sistematización de esa información en categorías semánticas y en campos léxicos deja mucho que desear. Si acaso, existe una mención superficial acerca del tipo de parcelas léxicas que cubre la toponimia aragonesa: “Como no podía dejar de ser, un elevado número de topónimos está constituido por denominaciones del relieve y de las cualidades del terreno; en apreciable proporción se cuentan asimismo nombres de la fauna y de la flora” (p. 198). No deja de sorprender que la mención anteriormente citada ocupe el último párrafo de lo que el autor denomina “aspectos extralingüísticos” de la toponimia.

Como Frago Gracia lo hace notar, los problemas extralingüísticos de la toponimia rebasan su objeto de estudio, de ahí que se limite a mostrar la existencia de ciertos topónimos de proyección arqueológica en que se puede relacionar un lugar y su topónimo con la presencia histórica de un grupo lingüístico (*Burrén*, *Burreta*, *Quer*, *Quez*, *Calzada*, *Camino de Gallegos*, *Galiana*, *Furuchón de los Moros*), a resaltar el carácter sociológico o folklórico de vocablos en que se pueden reconocer hechos históricos, creencias religiosas y leyendas (*Gurugú*, *Dusmeo*, *Barranco de los Moros*, *Piedras del Dragón*, *Campo del Ladrón*, *Fila de la Mora*, *Mora Encantada*), y a subrayar ciertos vocablos que permiten reconstruir algunos elementos de la organización sociocultural de la época, como el hecho de que el régimen de propiedad de la tierra haya sido fuertemente determinado por el estamento eclesiástico (*capellanía*, *cerrado*, *monje* y *fuentes*). De estas notas extralingüísticas, la relacionada con la cultura musulmana resulta especialmente interesante, en cuanto se manifiesta el fuerte arraigo de esa cultura a través de distintos campos semánticos, especialmente el agrícola. Todas estas afirmaciones “extralingüísticas” componen un retablo de

muestras sugerentes que se manifiestan como indicios de una multiplicidad de reflexiones interesantes que quisiéramos conocer y se nos escapan de las manos.

Pero lo que resulta fundamental en el estudio es la aproximación estratigráfica lexical por medio de la cual se diferencian las formas de "amplia difusión" pertenecientes al español general o a otros dominios peninsulares, de los vocablos sólo conocidos en la zona geográfica objeto de estudio. De los 466 elementos léxicos analizados, 353 de ellos son de origen latino, y un alto número de ellos pertenece al léxico de la lengua general, con características tanto aragonesas, como castellanas (*abrevador, águila, alto, arenal, bodega, buitrera, carasol, cerro*) y con marcados procesos de castellanización fonética: confusión de /i/, /š/ en /ê/ (*Charosa, Machales, y Rocha*), evolución castellana /i/ > /š/ > /x/ (*Aljecerra, Gines-tar*), además de ciertas formas de origen latino o mozárabe (*Catín, Espi-chel, Fornoles, Jumpudia*). En segundo lugar se agrupan 56 topónimos de origen prerromano. De especial interés es que en este grupo se pueda establecer una subdivisión: 40 vocablos son de origen no indoeuropeo (*aliagar, balsa, barranco, cantal, mata, mogote, zarza*, etc.), mientras que los 16 restantes son de raíz prerromana indoeuropea en su mayoría con bien definida etimología céltica. El tercer grupo está formado por 44 vocablos "ampliamente difundidos" de origen árabe, relacionados principalmente con usos y costumbres del riego agrícola. La última reunión de topónimos responde a 13 germanismos de etimología y procedencia dudosas, dado el "alto proceso de latinización experimentada por los visigodos desde antes de su entrada en la península" (p. 203).

Si el tratamiento diacrónico es sistémico y cuidadoso, por cuanto a cada afirmación responde un conjunto de documentos autorizados y fuentes históricas, el acercamiento de orden sincrónico no responde a las mismas características. Es extraño que cuando el autor se refiere a la "difusión" y a la "vigencia" de un conjunto de vocablos no trate por una parte los nombres propios de lugar y por otra los nombres relacionados con el relieve del suelo, la flora y la fauna. Bien señalaba Amado Alonso la necesidad metódica de distinguir lo racial de lo lingüístico, cuando afirmaba que una cosa era mostrar que la estructura de una lengua había sido influida por elementos o tendencias estructurales de la lengua anterior y cosa heterogénea era sostener la presencia prehistórica de una población en un área determinada por medio de comprobaciones de orden toponímico. En el caso de Frago Gracia, la ausencia de esa diferenciación fundamental produce desconfianza, desconfianza que aumenta cuando el autor intenta definir el grado de difusión y de vigencia dialectal de los vocablos pertenecientes a determinado sustrato, sin haber definido los criterios de medición estadística o dialectal que le permitieran asegurar, por ejemplo, si en el sustrato prerromano se podía distinguir topónimos de difusión general (*aliagar, cantal, carrascal*, etc.) de meros regionalismos (*arto, badarrón, brumadal*, etc.) o si efectivamente el sufijo *-ico* había desplazado a la forma *-ete* en las zonas central y baja del dominio aragonés, mientras que en regiones arcaizantes se había dado el proceso contrario.

Es indudable que el capítulo dedicado al estudio de sufijos típicamente aragoneses es de sumo interés, pues aporta información relevante acerca de la procedencia y evolución de formas como *-eten-ico, -illon-iello, -ón, -ino*

y los prerromanos *-aco*, *-'alo*, *-anco*, *-'ano*, *-arro*, etc. Pero lo que sin duda tiene significativa importancia es el acercamiento al problema del mozarabismo en el valle del Huecha. Encuentra el autor una treintena de arcaísmos (fundamentalmente de carácter fonético) adscribibles a una estratigrafía anterior a la época del asentamiento musulmán en la zona. Lo anterior permitía sostener la hipótesis de que debía haber coexistido una población románica que filtró rasgos lingüísticos en las denominaciones corográficas en lengua árabe. La conservación del nexos consonántico *MB* en la ribera del Huecha y en diferentes zonas aragonesas le permiten rechazar la tesis de don Ramón Menéndez Pidal en cuanto a que la asimilación de *MB > M* es producto de una colonización oscumbra y propone, en su lugar, que este "movimiento asimilador procede de la franja norteña cántabro-pirenaica, y que su difusión hacia el Sur, en los dominios en que tal fenómeno fonético se registra, es de fecha tardía, concretamente del período de reconquista, cuando los dialectos románicos peninsulares fueron ganando nuevos espacios al compás de la expansión militar cristiana" (p. 220). En favor de la hipótesis mozárabe sobre esta zona intervienen fuentes documentales, elementos de juicio proporcionados por la toponimia y un alto número de onomásticos personales de indudable carácter mozárabe: *Petro Mozarabillo*, *Domingo Mozarab*, *fray Martín Pérez Moçaravi*, etc.

RICARDO MALDONADO

Escuela Nacional de Antropología e Historia.
Universidad Nacional Autónoma de México.

Voces nuevas del romancero castellano-leonés, ed. Suzanne H. Petersen.
Seminario Menéndez Pidal-Gredos, Madrid, 1982. 2 ts.: lvii + 309,
365 pp.

Son éstos los dos primeros volúmenes del Archivo Internacional Electrónico del Romancero (AIER) que publica el Seminario Menéndez Pidal. Recogen el resultado de la Encuesta Norte-1977 hecha por el mismo Seminario y preparada por J.A. Cid, Flor Salazar y Ana Valenciano.

El proyecto AIER, dirigido por Diego Catalán, pretende la descripción, edición y análisis del conjunto de textos baladísticos antiguos y modernos que constituyen el Romancero pan-hispánico de tradición oral. Cuenta el Archivo Electrónico, además de los textos del Archivo Menéndez Pidal reunidos por el ilustre erudito (parte de los cuales se ha publicado ya en los 11 tomos del *Romancero tradicional*), con los textos recogidos en las encuestas que realiza el Seminario desde 1977.

Este proyecto es pues de gran envergadura por el número de textos procesados, y de gran importancia para todos los estudiosos del Romancero ya que el AIER facilitará consultas, estudios y publicaciones de colecciones menores y es un centro que relacionará a todos los interesados en la materia. Los editores invitan a los investigadores a que manden los textos recolectados por ellos para integrarlos al Archivo Electrónico; en reciprocidad, estos colaboradores tendrán acceso a los fondos del AIER y a